

Cuando el Servicio Militar, (La MILI) era obligatorio para los españoles, (salvo las dispensas por fuerza mayor) todos teníamos que alistarnos cuando fuésemos requeridos por cumplir la edad reglamentaria. Yo tuve que ir a La Mili, como todos los nacidos en el mismo 1944. Luego del tiempo de recluta, en el CIR de Bétera, y Jurar Bandera, me dejaron como Auxiliar Instructor en el mismo CIR. Durante mi estancia allí, hasta mi licencia, no exenta de complicaciones, ocurrieron muchas anécdotas dignas de ser contadas. Yo, ahora, me dispongo a contar una que, por las graves consecuencias que pudo tener, (por suerte no fue así) quedó en algo divertido para quienes lo vivimos de cerca, y que espero vosotros también lo disfrutéis.

Emilio MARÍN TORTOSA

EL RECLUTA JOAQUÍN

Joaquín baja del tren que le trae de la ciudad. Busca la bicicleta que siempre guarda dentro de la estación, y se encamina a su casa. Él vive en una granja algo lejana del pueblo. Va vestido con el uniforme del ejército. La gente que le ve con esa ropa, montado en la bicicleta, sonrían divertidos al verle de aquella guisa tan rara en él, y por su pedaleo dificultoso con aquellas botas. Él siempre ha ido calzado con abarcas o espardeñas. Y es que él, ahora, ha sido alistado como recluta en el último reemplazo. Está contento, ha jurado bandera, y ya vuelve a su casa.



Cuando llega a casa, deja la bicicleta y el petate en el suelo, y le dice a su padre:

.- ¡Padre! ¡Ya estoy en casa! ¡Y para siempre!

El padre queda aturdido por lo dicho por su hijo.

.- ¿Cómo? ¿Que ya estás aquí? ¿Y para siempre?

.- ¡Sí! ¡Sí! ¡Para siempre!

.- Pero eso no puede ser. La Mili no dura tan poco. ¿Qué has hecho hijo?

.- ¡Nada, padre, nada!

.- Algo malo habrás hecho. ¡Seguro!

.- ¡Nada padre! ¡Nada! Después de jurar bandera, estábamos formados delante de la Compañía, y el Capitán nos ha dicho que nos podíamos ir a casa. ¡Y aquí estoy, padre!

.- ¿Seguro que ha sido así?

.- ¡Seguro!

En ese momento aparece la madre y le recibe en sus brazos.

.- ¡Hijo mío!

.- ¡Madre!

Joaquín, está sacando lustre a sus botas. Deben lucir como dos espejos bien bruñidos. El uniforme está colgado en la litera, planchado y bien cepillado. Él nunca había hecho ni una cosa ni otra, allá en su casa, su madre se ocupaba de todo aquello, y siempre tenía en el armario la ropa limpia, y las abarcas y las espardeñas no necesitaban de esos cuidados tan finos. Allá en la granja él utilizaba otro atuendo, solo, cuando tenía una boda, o un entierro, calzaba zapatos. Hasta descalzo ha tenido que faenar cuando el campo estaba embarrado por la lluvia, o recién regado.

Ahora está en un campamento como recluta, y allí, en La Mili, las cosas han cambiado para él. Tiene que ocuparse de todo aquello que nunca tuvo que hacer, y es mucho lo que ha tenido que aprender. Mañana es la Jura de Bandera, y el Capitán ha dicho, que mañana, el uniforme, las botas, y la gorra, tiene que lucir todo como recién salido de un escaparate. Y en eso están ellos.

.- ¡El que mañana no esté en perfecto estado de revista, no jurará bandera, y se quedará aquí de recluta hasta que le salgan canas! ¿Entendido?

Claro que le habían entendido. Aunque allí saben que aquello no pasaba de ser una amenaza sin mayores consecuencias. Está claro que mañana todos jurarán bandera. Aquello era una arenga para que todos se esmeren en su aseo. Pero Joaquín, por su bien, se lo toma en serio y quiere que su uniforme luzca el que más.

A Joaquín, aquello de La Mili, le pilló por sorpresa. Allí en el pueblo, él lo sabía, cada año algún muchacho se iba a La Mili, y otro regresaba de allí, pero nunca pensó que un día él sería uno de ellos. Por eso, el día en que llegó el Alguacil con el papel donde decía que él. Joaquín

Barres Martínez, tenía que presentarse a tal hora en la Caja de Reclutamiento de la Capital, en la casa se produjo un trastorno general.

El padre de Joaquín no está muy conforme con la citación de su hijo para ir a La Mili, y acude al Cuartelillo de La Guardia Civil, para ver cómo lo puede arreglar.

.- Mi Sargento, ahora no se me pueden llevar a mi Joaquín. Ahora es cuando más falta me hace en la granja. La cosecha está por coger, y ¿quién se cuidará de los animales?

.- Lo siento Chimo. Tendrás que contratar a alguien para que te ayude. Tu hijo tiene que presentarse en la Caja.

.- ¡Pero eso va a ser mi ruina!

.- No será para tanto Chimo. No será para tanto.

El hombre vuelve a la granja maldiciendo a todo cuanto pueda ser maldecido.

.- Mujer, prepara el avío del chiquet. ¡Se va a La Mili!



Y allí está Chimet, en La Mili, y a punto de Jurar Bandera. Han madrugado, apenas han desayunado por los nervios. y han viajado hasta el acuartelamiento donde iba a tener lugar la ceremonia. Están las Compañías formadas en la explanada del Cuartel. Los uniformes de Gala, donde brillan miles de estrellas, van de un lado para otro dando y recibiendo saludos. De pronto, todo queda quieto, y un clarín rasga el cielo. Los tambores comienzan a marcar el paso, y las filas de reclutas se ponen en marcha. Joaquín está emocionado cuando desfila bajo la Bandera y besa su trapo. Luego, parece que todo transcurre en un minuto, y ya están las Compañías otra vez formadas dispuestas para regresar al Campamento.

Los camiones cargados, ahora de soldados, (han Jurado Bandera) hacen el camino de vuelta entre los cánticos de los muchachos que tratan de aliviar su nerviosismo con aquellas atrevidas canciones. Hoy en el comedor servirán una comida especial.

Luego de la comida, la Compañía de Joaquín, está formada. El Capitán les suelta una arenga sobre la importancia del paso que acababan de dar, y del honor que suponía para ellos convertirse en Soldados de La Patria.

.- Ahora, al romper filas, cogéis vuestros petates, y os podéis ir a casa. ¡Enhorabuena a todos! ¿Teniente! ¡Rompa filas!

A la voz de ¡Ya!, comienzan las carreras. Los soldados van abandonando el Campamento cada uno rumbo a su lugar de procedencia. A Joaquín no ha venido nadie de su familia a acompañarle en ese día tan

importante. Los trabajos de la granja no entienden de esas cosas, así que Joaquín va hasta la estación del tren con los familiares de un compañero.

El trabajo en la granja está a pleno rendimiento, cuando delante de la casa se detiene un coche de la Guardia Civil. De él baja un número que se dirige al tío Chimo que le salía al paso.

- ¿Vive aquí Joaquín Barres Martínez?

- De sobra lo sabes. ¿Qué se te ofrece?

- Dígale que salga. Se tiene que venir con nosotros.

- ¿Mi hijo? Pero, ¿Por qué?

- ¡Su hijo ha desertado del Ejército!

El tío Chimo se queda blanco.

- Cómo, ¿que ha desertado mi hijo? ¿Qué dices?

- Su hijo tenía que presentarse en su Campamento, y no lo ha hecho. Si no tiene una buena razón que lo justifique, a su hijo se le va a caer el pelo. Se le declarará desertor y prófugo.

La madre acude al ver aquella extraña reunión.

- ¿Qué pasa marido?

- Mujer, dile a tu hijo que venga.

En la granja el silencio se puede cortar con cuchillo.

- ¿Qué quiere padre?

- ¡Ven aquí desgraciado! Te van a llevar preso. Te van a meter en la cárcel. ¡Y hasta te pueden fusilar!

- ¿A mí? ¿Por qué padre?

- ¡Porque no has vuelto al Campamento! Si ya te decía yo que aquello de que ya venías para siempre me resultaba extraño. ¡Y mira tú ahora el resultado!

- ¡Pero si el Capitán dijo que ya nos podíamos ir a casa!

- ¡Con un rebaje animal! ¡Con un rebaje!

- ¡Pues yo no sé nada de eso!

La madre, desesperada, abraza a su hijo.

- Vamos a tratar de arreglar este desatino. Su Capitán, cuando ha llamado, ha pedido que tratáramos el asunto de la manera más discreta posible. El Sargento, ha ido a la casa del Médico, y le ha pedido que hiciera un parte asegurando que Joaquín estaba con fiebre alta, y no pudo viajar hasta el Campamento. Ahora nosotros lo vamos a llevar al tren. Le dejaremos montado en él. Y tú, muchacho, con este papel del Médico, te presentas lo antes posible a tu Capitán. Y espero que todos tengamos suerte. Así se hace, y al rato, Joaquín se despide de sus padres, monta en el coche de la Guardia Civil, y parte rumbo a la estación del tren.

El tren llega a la estación de la ciudad ya caída la tarde, cuando las primeras sombras comenzaban a aparecer. Joaquín se para en el enorme vestíbulo de la estación. Se ve perdido, no sabe qué hacer. ¿Cómo ir hasta

el Campamento? Él no conoce el camino. Carga el petate, y decide salir de la estación. Allí fuera, las calles que ve todas le parecen iguales y extrañas. Se adentra en una avenida. Anda arriba y abajo sin saber qué camino tomar. Cansado se sienta en uno de los bancos. Ya es noche cerrada.

Al rato, se detiene un coche militar, y de él bajan dos soldados. En el casco se les puede ver las letras P M de la Policía Militar.

.- ¿Qué haces aquí soldado?

.- Tengo que ir al Campamento, y no se cómo ir.

.- Pues a estas horas no puedes estar en la calle. Te vamos a llevar a un Cuartel que hay aquí cerca, y mañana ya irás a tu Campamento.

Así lo hacen. En el puesto de guardia le dicen que puede acostarse en una de las compañías hasta mañana. Él entra en la primera puerta que ve, y en una de las literas vacías se acuesta. El Cabo Cuartelero, antes de retirarse a dormir, siempre pasa a contar los soldados que hay acostados, para comprobar que no falta nadie.

.- Sesenta y cinco, están ocupando su litera, cinco que tienen pase pernocta, dos en la enfermería, y tres de guardia. Total: setenta y cinco.



¿Cómo es esto? Me sale uno de más.

El Cabo vuelve a hacer la ronda contando las literas ocupadas. Le salen sesenta y cinco, igual que antes. Marcha al cuerpo de guardia, y a la enfermería, para comprobar que estaban allí los que él había contado. Y así era, había contado bien. Solo cabe pensar que alguno

de los pase pernocta, no se hubiera marchado. Enciende las luces, y grita:

.- ¡Vamos! ¡Todos arriba y a formar!

Entre protestas, los soldados van saliendo de sus literas. Una vez formados, el Cabo los cuenta.

.- ¡Sesenta y cuatro! ¿Dónde está el que falta?

.- Cabo, en aquella litera hay alguien acostado.

El Cabo se acerca al lugar indicado, y sacude al dormido.

.- ¡Vamos tú, bello durmiente! ¡Levanta!

Joaquín salta de la litera y queda quieto, lleno de miedo y desconcierto, delante de la tropa formada.

.- Pero, ¿Quién cojones eres tú? ¿Qué haces aquí?

.- Anoche me trajo la policía militar y me dijeron que me acostase aquí.

.- Pero tú, ¿A qué Compañía perteneces?

.- Yo tengo que presentarme en el Campamento de Reclutas, y no sé cómo ir allí.

La tropa irrumpe en una sonora carcajada, y Joaquín está a punto de llorar.

.- ¡Venga! ¡Vamos! ¡Todos a la cama! ¡Ya está bien! ¡Y tú, ven conmigo!

El Cabo conduce a Joaquín hasta la oficina.

.- ¡Vamos! ¡Cuéntamelo todo!

Joaquín así lo hace. Cuando termina, el Cabo no puede evitar que una sonrisa se dibuje en su rostro. Él había oído cosas más extrañas ocurridas en el Cuartel. Aquel muchacho venía no sabe de dónde, y no se habrá visto en una más gorda.

.- Mañana hablaremos con mi Capitán, a ver qué solución da. Ahora vete a dormir.

El Cabo, vuelve a apagar las luces, y se retira a dormir.

A la mañana siguiente la Compañía está formada a la espera de la llegada del Capitán. Joaquín está junto a la puerta de la oficina con dos Tenientes que ya conocen su situación. Cuando llega el Capitán, recibe la novedad, y manda que la tropa salga para el campo de instrucción. Marchan todos, y allí solo quedan los que tenían servicio y un acojonado Joaquín. El Cabo le explica a su Capitán el caso de Joaquín. Éste, coge el teléfono y manda salir. Pasan unos minutos, y le dice que entre.

.- Hoy, cuando venga el coche del correo, que lo lleven al Campamento. ¡Y ahora quítalo de mi vista! ¡No le quiero ver!

El Capitán Carrasco llega a la Compañía en el Campamento.

.- ¡Marín!

.- ¡Mande usted mi Capitán!

.- A ver, tráeme a ese mentecato que no se presentó ayer.

.- Lo siento mi Capitán, pero Joaquín no ha aparecido por aquí.

.- ¿Cómo? ¿Qué no ha venido?

.- ¡No señor! ¡No ha venido!

.- Pero, ¿Qué se ha creído ese desgraciado? ¿Cree que aquí se viene de vacaciones? Si desde el Cuartelillo de su pueblo me dijeron ayer que ya había salido hacia aquí. ¿Dónde está? ¿Dónde se ha metido?

.- No lo sé mi Capitán.

Yo no me atrevo ni a respirar. Al Capitán se le hinchado la vena de la frente, y cuando eso ocurre, lo mejor es estar lejos de él.

.- Me va a obligar a denunciarle y a mandarle a la Policía Militar. ¡Voy a hacer que lo encierren para siempre! ¡Le voy a...!

Los exabruptos del Capitán son cortados por el sonido del teléfono. El Capitán me manda salir, y atiende la llamada.

.- ¡Dígame!

A los pocos minutos el Capitán sale de la oficina.

- ¡Marín! A ese desgraciado ya lo traen de camino. Cuando llegue, lo llevas al cuarto de guardia, y que permanezca allí arrestado hasta que salga para el acuartelamiento que le destinen. Yo me marcho. No quiero verle. Cuando yo vuelva no quiero que esté aquí. ¿Me has entendido?

- ¡Sí mi Capitán! ¡A sus órdenes mi Capitán!

El Capitán se marcha con zancada larga camino del Hogar de Oficiales, mientras por la puerta del Campamento, llega el coche que trae a Joaquín.



FIN